

miento de algunas de las actividades que se llevaron a cabo en los círculos ilustrados sevillanos. Hace referencia aquí a sus relaciones con Jovellanos y Olavide, dos figuras de indiscutible relevancia dentro de la Ilustración española, que residieron temporalmente en Sevilla. Asistió a la famosa tertulia de este último y colaboró en alguno de sus proyectos reformistas. La segunda parte está íntegramente dedicada al análisis de sus trabajos literarios «agrupados por géneros, y dentro de estos respetando la cronología».

La producción de Trigueros nos sorprende por su variedad y por su temprana incorporación al nuevo gusto, como ampliamente lo manifestaron algunas de sus poesías y piezas dramáticas. Fue el primero en llevar a las tablas una comedia neoclásica, *El mísero y el pedante*, en 1763. También le cabe el honor de haber escrito una de nuestras primeras comedias sentimentales, *El Precipitado*, en 1773. En los prólogos de sus obras expuso su teoría sobre el género dramático y cuantas puntualizaciones creyó oportunas para explicar los textos. ¡Qué de noticias importantes nos brinda para conocer más y mejor la historia del teatro del siglo XVIII! Otro tanto habría que decir de sus publicaciones periodísticas en las que alienta un afán reformista.

Creo, sinceramente, que este libro es una valiosa aportación al conocimiento de la literatura ilustrada no sólo porque nos enseña quién era verdaderamente aquel humanista, filólogo, poeta, dramaturgo, novelista y crítico teatral que fue Cándido María Trigueros, sino también porque nos adentra en aquella época y nos abre caminos para investigaciones futuras.

IRENE VALLEJO GONZÁLEZ

FÉLIX LOPE DE VEGA: *El niño inocente de La Guardia*, London Tamesis Books Ltd., 1985 (Ed. de Anthony J. Farrell).

A pesar de las conocidas impresiones de las *Obras Completas* y de las *Obras Escogidas* de Lope de Vega, y contrastando con la frecuencia de nuevas ediciones de un grupo contado de sus comedias, no podemos decir que existan textos accesibles y cuidados de la mayoría de los dramas del Fénix.

La edición de *El niño inocente de La Guardia* que ahora reseñamos viene a cubrir uno de esos vacíos, por cuanto su autor ha llevado a cabo un trabajo minucioso en extremo, proveyéndonos de un aparato crítico suficiente para la más exigente crítica textual, así como de unas rigurosas y documentadas anotaciones —nunca prolijas o gratuitas—.

Alabanza merece también la honestidad intelectual de Anthony J. Farrell, Profesor del Departamento de Lenguas Modernas de la neoescolesa Saint Mary's University, investigador infatigable que ha recogido en las páginas introductorias las distintas posturas existentes acerca de la supuesta historicidad del hecho que dio origen a la obra del Fénix. También en estas páginas puede encontrarse un exhaustivo repaso de la bibliografía existente sobre *El niño inocente de La Guardia*, especialmente en lo que concierne a la interpretación del texto y el descubrimiento de la postura de Lope ante el problema semita.

Resulta por demás interesante en una obra de estas características el análisis en profundidad de las fuentes, la discusión de las que realmente manejo el autor —y en qué medida lo hizo—, y la posibilidad de que existieran además otros cauces orales que no son desconocidos. El tratamiento que Farrell hace de estos puntos es en todo momento atinado, y responde a firmes convicciones que se derivan de un trabajoso cotejo textual.

Las páginas preliminares concluyen con la reelaboración de un ya justamente célebre estudio previo del propio Farrell concerniente a la imagería del drama, su importancia para la construcción de la obra, y su carácter nuclear para una correcta intelección («Imagen, motivo y técnica dramática en *El niño inocente de la Guardia*», en *Lope de Vega y los orígenes del teatro español*, Madrid, Ed-6, S.A., 1981).

Como puede verse, Farrell no ha pretendido hacer un estudio global de la obra, sino que —creemos que acertadamente— ha procedido a la selección de aquellos puntos que pueden resultar más interesantes para el estudioso, dado que por el tipo de edición de que se trata no nos encontramos, como se sabe, ante una obra de divulgación. Por ello la hondura de los análisis llevados a cabo es superior a la que encontramos en la mayoría de los estudios preliminares. Echamos de menos quizá alguna nota acerca de la historia de las mentalidades en relación con el problema semita —que Anthony J. Farrell conoce, por otra parte, a la perfección, y sobre el que ha investigado con mayor profundidad de la que puede verse en esta publicación—.

También superiores a lo habitual en las ediciones al uso con las anotaciones, colocadas al final de la obra, y señalizadas en el texto mediante un asterisco —procedimiento que permite una lectura más cómoda y activa, al evitar las páginas compuestas por uno o dos renglones de texto más una amplia anotación, al tiempo que da mayor libertad al lector al no aportarle «por necesidad» informaciones que ya tiene, interrumpiendo su concentración—.

En cuanto a la fijación textual, los puntos oscuros tras esta edición son mínimos, dado que, ya en las anotaciones, ya en el aparato crítico, Anthony J. Farrell ha contribuido de modo decisivo a esclarecer las dudas que se nos planteaban en la lectura de las ediciones previas de la obra —además, añade algunos versos que faltaban en aquéllas (por lo que no nos parece ocioso advertir que a partir de ahora deberá cuidarse especialmente la numeración de versos que aparezca en los artículos críticos acerca de esta obra escritos con anterioridad, puesto que habrá, lógicamente, discordancias)—; explica y aporta datos definitivos en torno a los problemas que derivan de las alusiones, con frecuencia irónicas, antijudaicas; reproduce un texto verdaderamente irreprochable de la obra...—.

Quedan, empero, algunos puntos oscuros para la interpretación, como el de la «corza» (v. 428), acaso de explicación innecesaria para el receptor del siglo XVII, pero de difícil comprensión para nosotros («I have been unable to ascertain the meaning of this line», reconoce Farrell con su característica honestidad científica, que no le permite pasar por alto el problema). Pueden hacerse, no obstante, objeciones a algunas de las decisiones tomadas en la fijación textual, como las de los versos 483 (por razones métricas sería preferible *Manda*), 1246 (el *sobra* puede ser aceptable, pero se nos antoja que también sería posible un *sabrá*, sin duda lectura mejor, aunque no siga la *lex difficilior*), o 2382 (donde la posible ironía no permite asegurar la necesidad de añadir una negación, aunque el verso resulta decasílabo de este modo); En los versos 2360-2361 consideramos que la puntuación mejoraría sin suponer una oración interrogativa...

Se trata, en fin, de una edición realmente «definitiva» de una obra que, aunque no cuente entre las mejores de Lope, ha merecido a un número muy considerable de estudios, tanto a partir de los problemas de composición y escritura cuanto en lo relativo a la ideología que manifiesta y a su importancia para el estudio, por ende, de la historia de las mentalidades. Desde este punto de vista, Farrell no presenta sino la postura de un autor ante una obra y un problema concreto: a otros investigadores toca integrar dentro del marco general de la «comedia nueva» y de nuestra literatura del Siglo de Oro.

PABLO CARRASCOSA MIGUEL

GARRIDO GALLARDO, M. A. (coord.): *La crisis de la Literariedad*. Madrid. Taurus, 1987.
 POZUELO YVANCOS, J. M.: *Teoría del lenguaje literario*. Madrid. Cátedra, 1988. *Del Formalismo a la Neorretórica*. Madrid. Taurus, 1988.

El año 1983 se celebraba en Madrid el I.º Congreso Internacional sobre Semiótica e Hispanismo. En las diversas sesiones de trabajo, ponencias, comunicaciones, propuestas y